

CRÍTICA

MARK MAZOWER

SOBRE EL ANTISEMITISMO

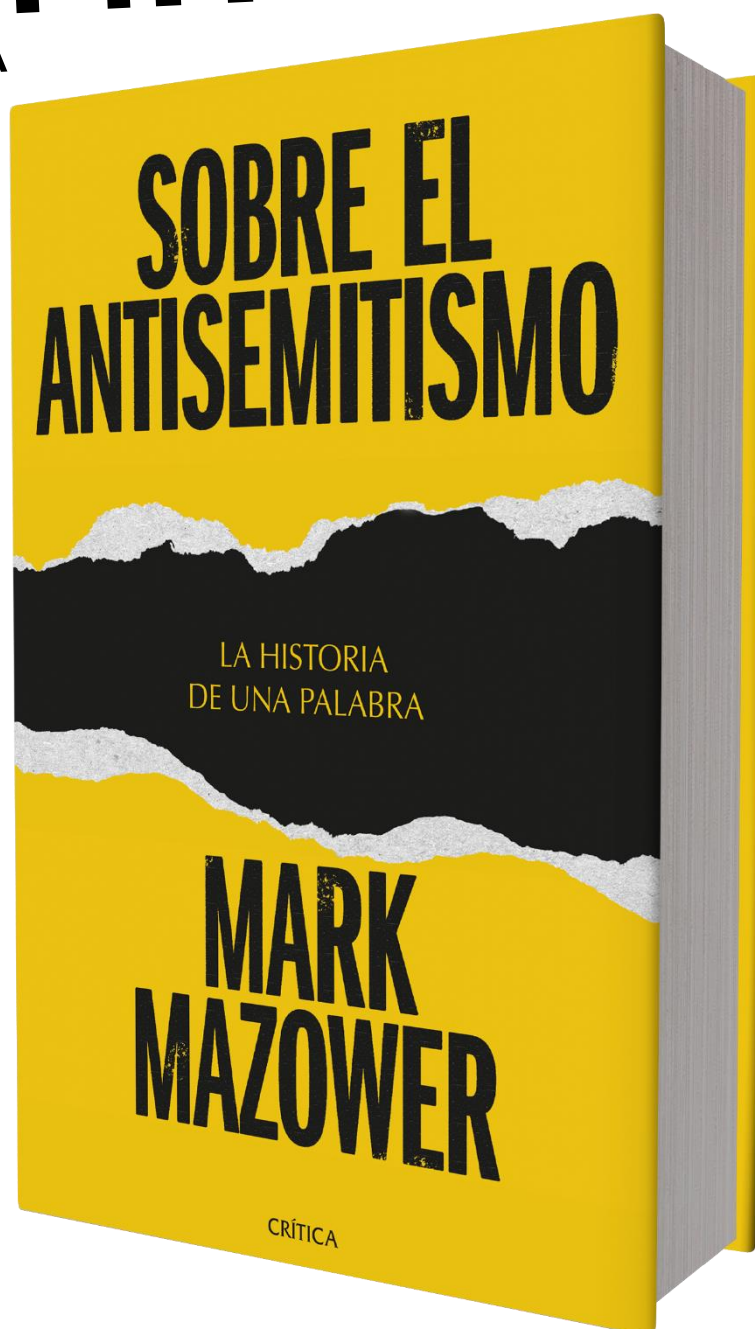
LA HISTORIA DE UNA PALABRA

A LA VENTA EL
22 DE OCTUBRE

MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Erica Aspas
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
689 771 980 /
epas@planeta.es



SINOPSIS

Un análisis profundo y oportuno sobre cómo el antisemitismo ha cambiado con el tiempo, con consecuencias inesperadas y preocupantes.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de antisemitismo?

Durante la mayor parte de la historia, el antisemitismo se ha entendido como una amenaza proveniente de la derecha política en Europa hacia la población judía, que culminó con la pesadilla de la Alemania nazi y el Holocausto.

En su nuevo libro, Mark Mazower nos describe un panorama actual muy distinto. Más de cuatro quintas partes de los judíos del mundo viven ahora en Israel y Estados Unidos, con el dominio militar del primero sobre su región garantizado por el segundo. Israel se ha convertido en un punto clave para los movimientos anticolonialistas debido a su trato hacia los palestinos, dando lugar a duras críticas desde la izquierda política, en lugar de la derecha como en el pasado.

Mazower expone con claridad y rigor cómo hemos llegado hasta aquí, con el propósito de entender, no de culpar. Pocas palabras tienen el impacto de “antisemitismo”, y, sin embargo, ningún término es más susceptible de ser malinterpretado con graves consecuencias tanto para la libertad de expresión como para la política exterior. *Sobre el antisemitismo* es un intento fundamental por trazar una línea necesaria.

EL AUTOR



Mark Mazower es historiador y escritor. Publica regularmente artículos sobre relaciones internacionales en *The Financial Times* y es profesor de Historia en la Universidad de Columbia. En Crítica ha publicado *El imperio de Hitler* (2008, Premio de Historia de *Los Ángeles Times*), *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi* (2009, Premio Duff Cooper y Premio Runciman) y *Lo que no me contaste: Una historia familiar rusa y el camino de regreso a casa* (2021).

EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN. Confusión

En 1879, un panfletista alemán, el demagogo Wilhelm Marr, anunció la formación de una Liga de Antisemitas, contraria a que se concediera a los judíos la plena igualdad legal. De repente se contaba con un nombre abstracto: *antisemitismo*. El término entró en la *Encyclopaedia Britannica* en 1910 y se difundió universalmente cuando Adolf Hitler convirtió una versión extrema de ese credo en el núcleo ideológico de la guerra con la que Alemania aspiraba a dominar Europa. «El antisemitismo — comentó el historiador Salo Baron en 1942— se ha convertido en un poder mundial.»

En nuestros días, decenas de países se han comprometido a combatirlo; hay enviados atentos a su desarrollo; se han formado grupos de trabajo y equipos especiales con la misión de erradicarlo. Sin embargo, como los acusados de antisemitismo incluyen desde los supremacistas blancos hasta el secretario general de la ONU, nunca ha habido menos consenso sobre lo que el concepto significa en realidad: «En lo que respecta al antisemitismo, son muchos los que, literalmente, no saben de qué están hablando y tampoco les preocupa gran cosa. Y en cuanto a los que creemos que sí que lo sabemos [...] adolecemos de una incapacidad congénita de ponernos de acuerdo entre nosotros», ha apuntado el historiador David Feldman.

La confusión actual se inició cuando la lucha contra esos extremistas se enredó con una pregunta que antes no se le ocurría a casi nadie: ¿cuándo son antisemitas las críticas a Israel? Hasta qué punto el Estado judío (una entidad política) es esencial para ser judío (una identidad étnica o religiosa) representa un asunto vital, pero no resuelto, sobre el que se ha debatido y se debate hoy apasionadamente, también entre los propios judíos; además, forma parte del debate mayor sobre la cuestión de Israel y Palestina. El resultado es la actual incertidumbre generalizada al respecto de qué puede afirmar uno sobre Israel sin que lo acusen de antisemitismo.

La sombra del genocidio nazi, inevitablemente, se extiende sobre todo análisis de esta cuestión, puesto que solo después de 1945 se sistematizó de veras el estudio del antisemitismo. [...] Pero el Holocausto también arroja su sombra sobre el tema en un segundo sentido: como gran fenómeno cultural de nuestro tiempo. Pues, como influencia que da forma a la manera en que suele entenderse el antisemitismo en la actualidad, los estudios especializados ocupan solo el segundo lugar, por detrás de lo que podríamos denominar *conciencia del Holocausto*. Se ha dicho del siglo XIX que fue una época en la que la gente pensaba con la Historia; en lo que atañe al antisemitismo, en nuestros días pensamos con el Holocausto.

[...] Ahora bien, la invocación constante del Holocausto otorgaba al pasado un peso que no hacía justicia a la realidad. Por un lado, en muchos lugares, la xenofobia creciente afectaba a los judíos menos que a otros grupos; por el otro, ni los musulmanes ni los árabes eran nazis, al igual que los israelíes.

En 2004, el Congreso de Estados Unidos ordenó al Departamento de Estado [como responsable de la política exterior del país] que informara sobre los prejuicios antisemitas que constatará por el mundo. Cuando el Departamento objetó que ese trato debía hacerse extensivo a otros grupos raciales y religiosos, el congresista Tom Lantos — superviviente de la

ocupación nazi de Hungría— replicó que «la actual erupción de la multiseccular enfermedad del antisemitismo es más pernicioso que todo lo que hemos visto desde el Holocausto». Se hizo caso omiso de la objeción del Departamento de Estado y se aprobó la que se conoce como «Ley de Revisión del Antisemitismo Global». En nuestros días, más de veinte gobiernos han creado puestos con la misión de combatir el antisemitismo. Ninguna otra forma de prejuicio racial o religioso goza de una atención internacional comparable.

El antisemitismo, que antaño se había concebido con optimismo como algo que la educación podía dejar atrás, empezó a verse, a la luz del Holocausto, como un odio sin parangón posible. En la actualidad, no pocas personas se asombrarán al saber que, tiempo atrás, defender a Israel de las críticas no se asociaba con combatir el antisemitismo.

En parte, el problema es que hoy resulta muy fácil calificar de antisemita a una persona o una institución, y esto facilita tácticas de captación de la atención pública tales como el «Top Ten del Antisemitismo Global», una lista que el Centro Simon Wiesenthal redacta para los medios y que, en cierta ocasión, situó en la misma enumeración de los diez mayores focos del antisemitismo mundial a Hamás, Irán y los productores de los helados Ben & Jerry. Y como a menudo los donantes son más generosos cuando la angustia por el antisemitismo se agrava y, además, es tristemente sencillo manipular los datos sobre los crímenes y delitos de odio, no es nada infrecuente que los grupos que hacen campana se sientan tentados a retratar las condiciones con los colores más terribles.

Algunos investigadores han sugerido en fecha reciente realizar una distinción que resulta de utilidad, entre las personas antisemitas y las creencias antisemitas. Las personas antisemitas son las que están poseídas por una ideología y obsesionadas a todas luces con los judíos, porque creen que detentan un poder indebido sobre la vida de las naciones y los individuos; las creencias antisemitas (o antisemíticas) son el amplio repertorio de tópicos, estereotipos y prejuicios que, sobre los judíos en general, nos ha legado nuestro pasado.

En un tiempo en el que diversas comunidades judías de todo el mundo han tenido que acostumbrarse a estudiar o rezar bajo la protección de vigilantes armados, no puede cabernos duda de que en nuestros días los judíos continúan hallándose entre los grupos a los que se ataca por el solo hecho de ser quienes son. Por lo tanto, quien se tome en serio el antisemitismo, en tanto que problema vigente, por fuerza se sentirá consternado por la confusión que rodea al concepto, por no hablar del uso abusivo que amenaza con privarlo de significado. Esto no solo está prestando un mal servicio a quienes son sus víctimas, sino que, al contribuir a sofocar la disensión política sobre los actos de Israel en los territorios ocupados, también favorece la continuidad de las injusticias y la violencia sistémica que aquejan a los palestinos. Y aunque algunas manifestaciones de antisionismo enmascaran un sentimiento antijudío, la mayoría no lo hacen, y, sin lugar a dudas, animar a los gobiernos israelíes a creer que toda crítica a sus actos es el reflejo invariable de un prejuicio étnico no les favorece en nada.

Este libro plantea un enfoque algo diferente: sugiere situar el antisemitismo en su contexto histórico, de modo que lo veamos como un concepto que se ha utilizado para transmitir significados distintos en épocas distintas. Para evitar malentendidos, dejemos claro desde el principio que el antisemitismo es mucho más que una palabra y que la historia va mucho más allá de la lengua: los asuntos que nos conciernen aquí, desde luego, no pueden abordarse únicamente por medio de un análisis semántico.

PRIMERA PARTE: Europa en la era de los antisemitas

Dios, nación, eternidad

En el contexto de una Alemania recién unificada, con los nuevos enfoques del racismo científico y las sensibilidades del nacionalismo, podemos decir que la invención del concepto de antisemitismo (hacia 1880) formó parte del nacimiento de la modernidad. De hecho, surgió como reacción contra la modernidad en sí, porque retrataba a los judíos como responsables únicos de prácticamente todos los agravios que la vida contemporánea presentaba y lo hizo utilizando dos vehículos claramente propios de esa modernidad: la prensa popular y la política de partidos.

Los primeros sionistas coincidieron, por lo general, en que la simple igualdad legal y cívica nunca bastaría para terminar definitivamente con los prejuicios antijudíos, porque la libertad para los judíos resultaba imposible mientras estuvieran viviendo dentro de sociedades que los odiaban. En cambio, la independencia nacional les traería por fin la normalidad y quizá incluso abriría las puertas a una genuina cooperación internacional con la que soñaban, como muchos otros nacionalistas del siglo XIX.

Sea como fuere, la mayoría de los pensadores sionistas coincidieron en que el antisemitismo formaba parte del orden natural de las cosas y que su remedio era evidente: un Estado judío. De qué Estado se tratara, eso ya no estaba claro. Pocos imaginaban una entidad con independencia política como la que acabó surgiendo; menos aún eran los que preveían que los extensos feudos judíos de la Europa centro-oriental terminarían por desaparecer. En todo caso, no solían ponerse en duda las ventajas de un autogobierno de los judíos. Si se creaba ese autogobierno — de preferencia, en la Palestina otomana —, les parecía obvio que los judíos emigrarían a ese lugar y el antisemitismo se desvanecería. No abundaron en la cuestión de por qué Dios había aguardado a finales del siglo XIX para revelarles esa solución.

Los partidarios de la Bund creían en lo que llamaban «el aquí» o «la aquidad»: la necesidad de luchar por un futuro en el lugar mismo donde los judíos ya vivían; la aquidad se oponía a «el allí» o «la allidad» del sionismo, que a su juicio probablemente no haría sino crear de nuevo en Palestina la misma intolerancia que los judíos querían derrotar en Europa. Henryk Erlich advirtió de que el programa sionista incluía una contradicción inherente:

Cuando los sionistas hablan delante del mundo no judío, son demócratas señeros y presentan las condiciones de la Palestina actual y futura como un ejemplo de libertad y progreso. Pero si se funda en Palestina un Estado judío, su clima espiritual será el siguiente: el miedo incesante al enemigo externo (los árabes), y una batalla interminable por cada parcela de tierra y por cada minuto de trabajo frente al enemigo interno (los árabes) [...]. ¿Es acaso la clase de clima en la que pueden florecer la libertad, la democracia y el progreso? ¿No es más bien el clima en el que germinarán típicamente los elementos reaccionarios y chovinistas?

Después de la creación del Estado de Israel, el periodista William Zukerman — un espíritu afín a Erlich — reflexionó sobre los lazos del antisemitismo y el nuevo país. «Sin el antisemitismo — escribió —, Israel sería tan solo uno más de los Estados pequeños, como Irlanda, Grecia, Dinamarca y el Líbano. Con el antisemitismo, en cambio, es un Estado con una tarea mesiánica especial: redimir a todos los judíos».

Los primeros líderes del nuevo Estado judío sintieron repulsión por esta concepción deprimente del pasado. No veían con buenos ojos que se debatiera sobre el Holocausto porque esto podía perpetuar la idea de que los judíos eran débiles; la obsesión por el antisemitismo, desde su punto de vista, solo podía intensificar el viejo relato de la pasividad y la impotencia. Para ellos, la creación de Israel debía marcar el momento en el que el antisemitismo dejaba de importar o, con más precisión, cuando importaba únicamente como motivo para que los judíos de la diáspora se decidieran a volver de su «exilio». Los historiadores de la Escuela de Jerusalén, sin embargo, no estaban de acuerdo: el antisemitismo nunca perdería su importancia. Tampoco limitaban los tonos oscuros al pasado europeo, pues consideraban que un fenómeno tan arraigado como el antisemitismo no podía haber concluido con el Holocausto. Veían su pervivencia tanto en la Unión Soviética de Stalin como en la Organización de las Naciones Unidas, como metástasis de lo que se estaba transformando en una fuerza global con bastiones en el Oriente Próximo y el mundo musulmán.

Pero si el antisemitismo no es un relato ininterrumpido que nos retrotrae hasta el momento mismo de la aparición de los judíos — en otras palabras, si el punto de partida de su historia no es la Alianza de Dios con su Pueblo Elegido—, entonces lo que nos queda es la pregunta crucial que todo historiador se formula siempre: ¿por dónde empezamos?

Donde el cristianismo se estableció como religión de Estado, no obstante, las cosas empeoraron de forma abrupta; de hecho, la longevidad del odio antijudío en Europa debe mucho al éxito político del cristianismo durante más de dos milenios, porque este retoño del monoteísmo no fue capaz de perdonar a los judíos que se negaran a reconocer a Jesucristo como su Mesías.

En fechas ya más bien avanzadas, llegó también su supuesto amor por el dinero y la riqueza, una creencia que en muchos lugares se basaba de hecho en que las leyes locales los obligaban a ejercer ocupaciones determinadas, tales como el prestamismo, la banca o el comercio. Todos estos estereotipos arraigaron profundamente en los territorios de la cristiandad, influyeron de forma notable en el pensamiento occidental y, en los tiempos más modernos, florecieron en teorías conspiranoicas a las que se ha dado crédito en todo el mundo.

Pero la Ilustración trajo consigo una transformación fundamental en las relaciones de judíos y cristianos. Entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX, la transición al capitalismo, la difusión de nuevas tecnologías y el crecimiento de grandes ciudades comportaron cambios radicales en los conceptos de religión, tiempo e historia. [...] Que en Alemania empezara a hablarse del antisemitismo (*Antisemitismus*, 1879) fue, literalmente, una expresión de los tiempos. El hecho de que en el último cuarto del siglo XIX se acunara en Europa esta palabra nueva — antisemitismo— sugiere por sí mismo la importancia de estos cambios trascendentes.

En 1950, Hannah Arendt llamó la atención — como pocos habían hecho ni hicieron posteriormente— sobre «el hecho extravagante de que un fenómeno tan pequeño (y tan carente de importancia en la política mundial) como el de la cuestión judía y el antisemitismo pudiera convertirse en agente catalizador, primero, del movimiento nazi, después de una guerra mundial y, por último, de la creación de los centros de exterminio». Era un auténtico «atropello al sentido común».

Algunos números bastarán para destacar el acierto de Arendt. A principios del siglo XX, más del 80 % de la población judía del mundo vivía en Europa, pero, aun así, los judíos apenas representaban el 2 % de la población total del continente (unos cuatrocientos millones de personas) y menos del 1 % de la población mundial. En las décadas siguientes, este diminuto

grupo religioso — para ser más precisos, un conjunto de actitudes obsesivas y hostiles al grupo— interpretó, pues, un papel de una importancia desproporcionada.

VARIACIONES DE LA POBLACIÓN JUDÍA, 1900-2010 (EN MILLONES) ²¹				
	Mundo	Europa	Norteamérica + Israel (después de 1948)	Europa como % del total mundial
1900	11,3	9,0	1,6	80
1950	11,5	3,5	6,3	30
2010	13,9	1,4	11,6	10

La emancipación y sus enemigos. 1880-1914

El antisemitismo como movimiento político surgió en una época en la que Europa estaba a medio camino de una transformación prolongada y trascendente. Desde hacía muchos siglos, más de los que la gente podía recordar, había sido un continente de imperios, ducados, ciudades Estado y principados, gobernados con pocas excepciones sobre la base de dominios hereditarios y de acuerdo con los preceptos cristianos. Sin embargo, en un proceso que se inició a mediados del siglo XVIII y se extendió hasta mediados el XX, Europa se convirtió en una comunidad problemática, con Estados nación más o menos laicos, gobernados mediante una diversidad de formas de la política de masas, que iban de la dictadura a la democracia. [...] El *ancien régime* que se había erigido en torno a una sociedad principalmente agrícola y analfabeta, con un sistema multisecular de gremios y corporaciones, dio paso a una sociedad en transformación perpetua, de ciudades enormes, mercados abiertos, comunicaciones rápidas, masas alfabetizadas y dinero rápido. Fue clave la codificación de una legislación que convertía a los súbditos en ciudadanos.

El contexto de esta gran batalla es el que enmarca también la campaña continental por la eliminación de las restricciones civiles y políticas que limitaban a los judíos europeos: se aspiraba a lograr que se los reconociera como miembros de pleno derecho de los países en los que vivían, aptos para prestar servicio en las fuerzas armadas, legitimados para adquirir tierras, entrar en política, desplazarse a su antojo y residir sin vetos. En su reciente — y soberbia— narración de este proceso, el historiador David Sorkin ha llamado la atención sobre el hecho de que el Holocausto y el establecimiento de Israel han eclipsado entre los dos la importancia fundamental que esa transición tuvo en la historia moderna de los judíos.

Por entonces, se había iniciado ya una clara apertura progresiva de la vida comunitaria judía, anteriormente cerrada. En las ciudades de Italia y Alemania — donde se había obligado a los judíos a vivir en guetos abarrotados e insanos y se les había vetado el acceso a la mayoría de los comercios y profesiones—, el gobierno de los Habsburgo trajo consigo cierta relajación de las viejas restricciones, pues el emperador José II, influido por los ideales del despotismo ilustrado, proclamó en 1781 un edicto de tolerancia con los disidentes religiosos de su imperio católico. En lo personal, el emperador (como muchos de los pensadores ilustrados) no sentía simpatía por los judíos, pero desde su perspectiva esto era menos relevante que los principios

racionalistas, favorables a abolir las discriminaciones por razón de fe y avanzar hacia la igualdad legal de todos los súbditos.

Un modelo muy distinto fue el proporcionado por las revoluciones de Norteamérica y Francia, donde los disturbios políticos engendraron nuevos órdenes constitucionales que proponían un modelo de ciudadanía universal y limitaban poderosamente — cuando no abolían por entero— la fe religiosa como marca de privilegio o desventaja.

El triunfo de la indiferencia del Estado hacia el judaísmo representaba un cambio asombroso en la cultura política de una Europa cristiana que fue saludado con regocijo por unos, pero que sembró en otros — tanto judíos como cristianos— la desorientación e incluso la consternación. Suponía alejarse radicalmente de un pasado en el que el gobierno, el servicio militar y la mayoría de las profesiones y ocupaciones habían sido siempre reserva exclusiva de los cristianos.

La emancipación se extendió a tres zonas geográficas, con claras diferencias entre ellas. En la primera — que comprendía Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia—, la batalla por la igualdad de los judíos se ganó con relativa rapidez. [...] Aunque estos países europeos representaban el extremo de las posibilidades liberales, lo cierto era que su población judía era una fracción poco significativa en el total del continente: entre el 5 y el 10 % del total. La población judía de Europa había crecido muy rápido, pasando de menos de un millón en 1700 a dos millones en 1800 y cerca de cinco millones mediado el siglo XIX, pero el crecimiento más acelerado se produjo en Rusia, una nación sin emancipación ninguna.

Karl Marx, cuya obra estaba imbuida de los estereotipos antijudíos, representaba una posición más típica entre los izquierdistas: no se oponía a la emancipación legal, sino que defendía que no había ido lo suficientemente lejos; para Marx «el judío» era la encarnación de todo lo que funcionaba mal en la sociedad burguesa, un ejemplo perfecto de la alienación y, por lo tanto, «el judío» necesitaba una revolución tanto como los demás.

El estilo de vida habitual en las comunidades judías se caracterizaba por el aislamiento. Incluso en una fecha tan tardía como 1940, si en la comunidad judía de Berlín se atrapaba a alguien portando un libro en alemán, esto podía acarrearle la expulsión. Por eso, una de las exigencias más llamativas del emperador José II había sido que los niños judíos aprendieran la lengua de la sociedad en la que vivían [...]. En consecuencia, muchos rabinos, y seguidores de ellos, temían que el aprendizaje judío se debilitara y que se produjeran cambios súbitos en la vestimenta, la moda y la sociabilidad; consideraban peligrosos nuevos el teatro, la filosofía o los bigotes (en sustitución de la barba).

La novedad del antisemitismo de la década de 1880 fue en efecto que representó una especie de movimiento político que, a lo largo de las décadas siguientes, fue cosechando tanto éxitos como fracasos. Surgió como un contramovimiento que pretendía contener, frenar y, en algunos casos, tal vez incluso revertir los logros obtenidos por las campañas favorables a la emancipación de los judíos, y sus victorias dependieron no tanto de convencer a la población sobre la validez de los estereotipos asociados a los judíos — que ya eran moneda habitual—, como conseguir que creyeran que los judíos representaban una amenaza grave para sus principales preocupaciones políticas o sociales.

Muchos de los sentimientos de ambivalencia que provocaba la emancipación de los judíos eran reflejo del hecho de que esta había coincidido con otra transformación del modelo de vida de Europa, un cambio de mucho más alcance e importancia: la difusión, por todo el continente, del capitalismo y de un estilo de vida monetizado.

Con unas doce ediciones en menos de un decenio, *La victoria del judaísmo sobre la germanidad*, del periodista Wilhelm Marr, advertía que los judíos, después de dieciocho siglos de lucha por la supremacía, estaban a punto de triunfar y hacer realidad el objetivo de convertir Alemania en «la nueva Palestina de Europa». En 1879, Marr fundó la Liga de los Antisemitas (*Antisemiten-Liga*), una organización política abierta a los «alemanes no judíos de cualquier credo, partido y ocupación» que quisieran contribuir a salvar al país de la «judaización total». Tras hacer hincapié en que se limitaría a los «medios legales», Marr defendió que la Liga combatiría para «devolver a los antisemitas a la posición que les corresponde por su importancia numérica». Podemos ver pues que se proponía un modelo político de unidad racial que consideraba secundarias todas las demás diferencias ideológicas y que, en retrospectiva, es una especie de precursor distante del Partido Nazi y sus sueños de una *Volksgemeinschaft* [«comunidad nacional», «comunidad popular»].

En consecuencia, podemos ver a los antisemitas como un grupo marginal de personas obsesivas que no lograron acceder a la escena mayoritaria y, hasta el estallido de la primera guerra mundial, ejercieron una influencia muy poco destacable sobre la política de partidos de Alemania, pero hablar de marginalidad política no equivale a hacerlo de fracaso, porque los antisemitas introdujeron ideas que luego tuvieron una vida muy larga.

Casi treinta años después, en su celda de la fortaleza de Landsberg — donde se le había encerrado en 1923, tras el fracaso del golpe de Estado (*Putsch*) de la Cervecería, en Múnich—, Adolf Hitler hizo memoria de la Viena de Lueger. La ciudad había sido una especie de laboratorio del politiquero antisemita y quien a la sazón era un estudiante pobre observó la situación con sumo interés. Desde la perspectiva de Hitler, Lueger había errado en el tema de la «cuestión judía» porque se había mostrado indiferente al asunto racial. A este respecto, Hitler prefería a Georg von Schönerer, un pangermanista que también había competido políticamente en la capital de los Habsburgo. Aunque gozó de un éxito muy inferior, Schönerer era importante — a juicio de Hitler— porque había sabido apreciar que la naturaleza del conflicto era esencialmente racial, no religiosa. Si no había triunfado era porque — a diferencia de Lueger, pero también de los grandes rivales de este: los socialdemócratas austríacos— carecía de talento para la política de masas. En cambio, Hitler supo combinar el racismo de Schönerer con el genio político de Lueger.

Sin embargo, en este país [Gran Bretaña], la inmigración masiva de judíos rusos, hacia el final de siglo, también generó descontento y una antipatía innata. «En el continente, la cuestión judía hirvió hasta desbordarse; en Gran Bretaña, se cocía a fuego lento», ha escrito un historiador de los judíos británicos. No había una organización política antisemita — no olvidemos que los torios habían sido dirigidos por un primer ministro de ascendencia judía— y, a principios del siglo XX, las figuras de la judería accedían fácilmente a la corte del rey Eduardo VII. Aun así, se debatía ampliamente sobre si los judíos eran en verdad capaces de asimilarse y la inquietud frente a la inmigración masiva hizo que en 1905 se aprobara una Ley de Extranjería con la intención de atajar el flujo.

El auge del antisemitismo. 1914-1933

En los primeros días y meses de la guerra se produjeron en diversos lugares de Europa unos pocos episodios que, si se comparan con los asaltos que sufrieron otras minorías, eran de escasa consecuencia, pero la gran duración del conflicto, el ingente número de víctimas y los importantes disturbios que estallaron por todo el continente cambiaron todo: el triunfo de los

antisemitas fue en lo esencial el fruto de un terremoto ideológico derivado de la primera guerra total.

Cuando estalló la guerra, los judíos ingresaron en las filas de los ejércitos europeos y unieron su destino al de sus compatriotas. Para los que poseían una conciencia política más clara, era una buena ocasión de demostrar su patriotismo y manifestar que participarían de las obligaciones de la emancipación, y no solo de los derechos. [...] Sin embargo, en la zona que se extendía del mar Báltico al mar Negro, la casta militar siguió estando vetada a los judíos y mostrándose hostil a ellos. El estallido de la guerra comportó ocupaciones enemigas, deportaciones masivas y actos de violencia destructiva contra los civiles en una escala inaudita hasta entonces; esto situó a los judíos, y otras minorías, como objeto inmediato de las suspicacias.

Para cientos de miles de los judíos confinados en la Zona de Asentamiento, que vivían en pueblos y ciudades pequeños cada vez más míseros y abarrotados, vulnerables a los ataques de los campesinos que los rodeaban con hostilidad, la única huida posible, antes de la guerra, había sido la emigración: se calcula que cerca de 1,5 millones de judíos emigró a Estados Unidos entre 1880 y 1914, convirtiendo Nueva York en la ciudad con más judíos del mundo (con mucha diferencia). Pero, tras iniciarse la guerra, en 1914, cuando los ejércitos imperiales barrieron la región, las rutas de la emigración transatlántica quedaron cerradas y las comunidades judías de la Zona de Asentamiento se vieron sometidas a actos de violencia perpetrados no por los camorristas locales del pasado, sino por el propio ejército ruso.

A medida que la guerra se prolongaba, fue incorporándose a la ecuación un nuevo elemento: la financiación de la campaña. Todos los bandos empezaron a dirigir la mirada hacia los mercados financieros estadounidenses, para solicitar préstamos e, irónicamente, la concepción antisemita del mundo que compartían los estadistas y diplomáticos de ambas orillas del Atlántico hizo que cobrara especial importancia la necesidad de convencer a los banqueros judíos de Estados Unidos. «El antisemitismo [de Rusia] dificulta mucho que los Aliados puedan obtener la asistencia económica de los judíos, y esta guerra quizá acabe dependiendo de la economía», escribió un subalterno del gobierno británico en enero de 1916. Ante la terquedad de la élite rusa, no obstante, los diplomáticos británicos y franceses se dispusieron a tantear otro asunto que quizá conquistaría la buena voluntad de los judíos hacia las potencias de la Entente. Según varios responsables destacados del Foreign Office, tal asunto podía ser el sionismo. En su mayoría, aquellos funcionarios desconocían qué era exactamente el sionismo y, más aún, si era una corriente verdaderamente popular entre los judíos. Las respuestas fueron ambivalentes.

En noviembre de 1917, cuando las tropas británicas empezaban a expulsar de Palestina al ejército otomano y Rusia vivía en la agitación revolucionaria, el secretario de Exteriores británico, Arthur Balfour, pronunció su fatídica promesa de que Gran Bretaña daría apoyo a «establecer en Palestina un hogar nacional para el pueblo judío».

La vaguedad de la afirmación era deliberada: el concepto de «hogar nacional» carecía de un sentido definido en el derecho internacional y tampoco se precisaba quién mandaría sobre el territorio afectado, una vez concluida la guerra. Además, una mayoría de la élite judía asimilada, de la Europa Occidental y Estados Unidos, era claramente contraria al sionismo, un concepto que no la atraía lo más mínimo. [...] El economista libertario anglojudío J. H. Levy también protestó, con un razonamiento que fue adoptado por los liberales: «Si nosotros mismos nos proclamamos extranjeros [...] me cuesta entender cómo podremos alzar la voz en contra de la injusticia de que se nos trate como a extranjeros [...] Lo único que parece probable que el sionismo consiga es fabricar una base lógica para el antisemitismo».

Entre los judíos del este de Europa, en cambio, la Declaración de Balfour despertó una enorme emoción. Sin embargo, la mayoría no quería — tampoco allí— abandonar las tierras en las que había nacido y, además, parecía que las Potencias Centrales protegerían sus derechos más que sus oponentes.

Se pidió, pues, al que se dio en llamar Comité sobre los Nuevos Estados que construyera un marco legal para los derechos de las minorías, marco que fue debidamente incorporado a los tratados que dieron reconocimiento internacional al mapa territorial de la posguerra. El derecho internacional también consagró esa legislación y se incluyó entre las responsabilidades de una nueva organización internacional permanente: la Sociedad de Naciones. Este fue quizá el momento que marcó el apogeo del internacionalismo judío, una época en la que la inquietud por los derechos de los judíos y los beneficios del derecho internacional parecieron ir de la mano; en ese período, las ventajas de la emancipación de los judíos no solo se ampliaron, sino que gozaron del respaldo de una supervisión internacional protectora.

En realidad, el antisemitismo distaba mucho de haber sido derrotado. En los estadios finales de la primera guerra mundial, en la práctica, se había intensificado en buena parte de la Europa Central y Oriental. De hecho, la violencia anárquica de la última fase de la contienda y de su inmediata continuación fue lo que más contribuyó al auge del antisemitismo como movimiento político. El cataclismo de la guerra había sido abrumador y, al cerrarse, aparte de los millones de muertes causadas por los propios combates, se generó una cascada de consecuencias imprevistas [...] El giro de los acontecimientos sembró tanta confusión que, para muchos, la evolución resultaba del todo incomprensible. Las teorías sobre una conspiración de los judíos se ramificaron como explicación fácil de aquellos cambios desconcertantes y, por eso, en los primeros años de la década de 1920, *Los protocolos de los sabios de Sion* — un texto que en 1914 había pasado en buena medida inadvertido— interesó a un público llamativamente vasto, a una y otra orilla del Atlántico. Figuras de la política británica y francesa sopesaron con seriedad si aquel libro misterioso ofrecía la clave que les permitiría comprender lo que estaba pasando en el mundo. En Nueva York, según comentaba un magnate judío estadounidense, los *Protocolos* fueron «el tema de conversación de todos los salones y todas las esferas sociales». Henry Ford concedió una gran importancia a aquel texto y, en el Estados Unidos de entreguerras, fue quien más contribuyó a crear un clima favorable al antisemitismo.

Quizá sintamos la tentación de ver paralelos con la celeridad con la que las teorías conspiranoicas se difunden en nuestro propio presente, pero, por muchas réplicas que hayan causado los terremotos de la crisis económica global de 2008-2009 o del COVID-19, no se acercan siquiera a la magnitud del impacto de la primera guerra mundial. Lo que impulsó el giro hacia una concepción del mundo antisemita fue, sobre todo, el temor a que el triunfo del constitucionalismo liberal en la conferencia de paz de París fuera tan solo el preludio de un socialismo revolucionario desatado en toda Europa.

En una época en la que muchos muniqueses debatían sobre la prominencia de los judíos en la política, no bastaba con ser antisemita: la clave era explicar el porqué. Hitler eligió hacerlo de dos modos. El primero fue hacer especial hincapié en el racismo biológico. Afirmó que su partido era la vanguardia del movimiento antisemita en el conjunto de Alemania y advirtió que los judíos eran un bacilo que amenazaba la salud del pueblo alemán. Este es el origen de una serie de ideas que, dos décadas después, conducirían a un asesinato masivo patrocinado por el Estado. El segundo modo — como reflejo de que el nuevo partido aspiraba a obtener votos entre los socialistas y los obreros nacionalistas— suponía quitar importancia a la amenaza del bolchevismo, enemigo recurrente de los conservadores y católicos.

La primera oleada de la violencia derechista culminó con disturbios antisemitas en Berlín y el fallido *Putsch* de la Cervecería, organizado por Hitler en Múnich en 1923. Tras ser encarcelado por su papel en el intento de golpe de Estado, Hitler ocupó la misma celda de Landsberg que había ocupado anteriormente el asesino de Eisner y se puso a elaborar una historia de sus años anteriores, narrada para destacar su camino hacia la conciencia política antisemita. La obra resultante, *Mein Kampf* [«Mi lucha»], describía a su padre como un funcionario civil imperial, de talante cosmopolita, que desdeñaba y consideraba vulgares el antisemitismo y el nacionalismo. Hitler sostuvo que después de trasladarse a Viena comprendió por fin el poder oculto de los judíos y su ambición de dominar el mundo. [...] El libro cumplió con su cometido: una vez le devolvieron la libertad, en 1924, Hitler vio que el antisemitismo radical, en vez de bloquearle el camino hacia el poder político, podía contribuir al éxito del Partido Nazi en el sistema parlamentario de la propia República de Weimar.

El antisemitismo como poder mundial. 1933-1945

Los historiadores han dedicado mucho esfuerzo a examinar la importancia real del antisemitismo en la derecha europea, en los años de entreguerras y los de la contienda, y el modo en que se tradujo en medidas adoptadas por el poder. En el momento en que llegaremos al Holocausto en sí, estas cuestiones resultarán ser más complicadas de lo que podrían parecer a primera vista.

Para el movimiento fascista italiano, por ejemplo — que acabó prestando su nombre al fenómeno del fascismo en general—, el antisemitismo fue mucho menos relevante que las batallas contra la clase obrera en las ciudades industriales del norte o entre los terratenientes y la mano de obra desposeída que cultivaban las fincas del valle del Po. De hecho, en el ascenso del fascismo italiano al poder, el antisemitismo no interpretó ningún papel destacado. [...] Mussolini no introdujo una legislación antisemita hasta finales de la década de 1930, cuando se acercó más a los nazis; todavía se debate sobre las razones que lo explican, pero, en todo caso, la decisión acabó teniendo resultados catastróficos para la vida de los judíos en Italia.

El caso del nacionalsocialismo alemán fue muy distinto. Para Hitler, la raza era la clave de la historia y el antisemitismo estaba en el corazón mismo del programa del partido, pero incluso en el caso de los nazis, no existe un verdadero consenso al respecto de hasta qué punto este elemento de su programa contribuyó al éxito del partido; en especial, porque desde finales de la década de 1920 los nazis compartieron el énfasis antisemita con no pocos de sus competidores políticos.

«Un número asombroso de alemanes no judíos fueron capaces de cerrar los ojos a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, incluido lo que ellos mismos estaban haciendo», ha escrito un historiador. Si en nuestros días necesitamos más recordatorios de con qué celeridad pueden revisarse las normas y expectativas en una sociedad muy nacionalista, la Alemania de los meses de primavera de 1933 es un recordatorio perfecto. Después del terror que acompañó el ascenso al poder en los primeros meses, la violencia más franca se redujo. La purga del SA — la organización de las camisas pardas—, que tuvo lugar en 1934, favoreció la impresión de que la fase de los combates callejeros del nazismo había concluido y, con la excepción de la destrucción causada durante la Kristallnacht o «Noche de los Cristales Rotos», en noviembre de 1938 — un episodio que generó muchas críticas internas a su instigador,

Joseph Goebbels—, los nazis evitaron ofender el sentimiento público de orden y decoro y, en su lugar, atacaron a los judíos alemanes mediante leyes y decretos.

En este contexto de reversión de la emancipación lograda por los judíos a lo largo del siglo XIX, en buena parte de la Europa continental desapareció en general la vergüenza de ser tildado de antisemita. En la década de 1920, según escribió el comentarista Oscar Janowsky, «con independencia de cuáles fueran sus prácticas y opiniones personales con respecto a los judíos, en público [los nuevos Estados de Europa] se habían sentido obligados a repudiar el antisemitismo y denunciar sus excesos más graves. Sin embargo, el caso del nazismo ha borrado el estigma que asociaba el antisemitismo con la intolerancia y ha convertido el odio a los judíos en algo perfectamente respetable».

El impulso de excluir a los judíos de un número creciente de sectores de la vida social y económica comportaba por lo demás que, con el tiempo, los judíos dejarían de poder mantenerse por sus propios medios. ¿Qué se haría entonces? Aunque este objetivo no soliera afirmarse expresamente, les parecía evidente que, de un modo u otro, debían desaparecer. El historiador Alon Confino ha formulado con acertada concisión la idea que les daba vueltas en la cabeza: «un mundo sin judíos», pero ni siquiera los líderes del Tercer Reich habían anticipado qué podría suponer su desaparición ni cómo podrían llevarla a cabo.

No debemos confundir el sionismo cristiano con el movimiento judío del mismo nombre. Para empezar, en el caso cristiano, era inseparable de una vena de antisemitismo obsesivo, cargado con los estereotipos habituales. Sin embargo, ambos compartían la clara convicción de que los judíos eran extraños en otras tierras y, por lo tanto, la emancipación se basaba en una premisa falsa y peligrosa: lo mejor, para todos los implicados, sería que contaran con una tierra propia.

En una era en la que los economistas empezaban a pensar sobre los problemas asociados al desarrollo de la economía nacional a largo plazo, las medidas antisemitas impuestas por regímenes como el polaco pueden entenderse como una especie de alternativa eliminacionista, es decir, para corregir dificultades del desarrollo económico nacional, identificaban una población sobrante de la que confiaban en poderse librar, ya fuera mediante el crecimiento económico (objetivo más bien inalcanzable en mitad de la Depresión) o mediante la emigración forzada. En la década de 1930, es razonable afirmar que en los gobiernos nadie estaba pensando en un exterminio físico: a lo que se aspiraba era a la expulsión.

Secuelas: la Europa de la guerra fría

La decisión de los Aliados de concederle a Austria un estatuto diferente al de Alemania permitió que el antisemitismo se manifestara allí más abiertamente. Los funcionarios civiles preguntaban a quienes regresaban de los campos: «¿Qué sois, judíos o “arios”?», como si el dominio de los nazis no hubiera caído. La organización comunitaria de los judíos de Viena describió la ciudad como «el centro del antisemitismo más feo y traicionero». Los estudiantes universitarios celebraron el regreso de diversos profesores nazis y, entre los políticos que se presentaron a las elecciones de noviembre de 1945, los había conocidos por su antisemitismo.

Paso a paso, las expresiones públicas de antisemitismo fueron desapareciendo, junto con los demás recordatorios del Tercer Reich, hasta convertirse en indicios de una posición política extrema que había dejado de ser la más habitual en el momento. Ya en 1955 se informó de que «la afirmación manifiesta de prejuicios contra los judíos era infrecuente». El antisemitismo

iba camino de ser un tabú político y, en especial, los líderes ultraderechistas de la Alemania Occidental comprendieron que debían evitar a toda costa el tema de los judíos; en consecuencia, pasaron a dirigir su furia mayoritariamente contra el poder de los estadounidenses, la amenaza del comunismo, la degeneración de la nueva sociedad de consumo y la falta de disciplina y de valores morales en un mundo cada vez más igualitario. Sin embargo, la cuestión de los judíos pervivía por debajo de la superficie y de vez en cuando emergía como si fuera en defensa de la libertad de expresión.

Al mismo tiempo, la derecha francesa es un ejemplo de cómo la antigua antipatía hacia los judíos se debilitaba por acontecimientos que no esperaban: ante todo, la creación de Israel. En general, la ultraderecha europea estaba dividida con respecto a la cuestión del sionismo, más todavía porque el gobierno laborista de Israel aún era una causa popular entre la izquierda. Así, para algunos ultraderechistas, era otra conjura maquiavélica de los judíos, pero, para muchos, era más bien una especie de solución ideal. A fin de cuentas, les gustaba la idea de que el lugar idóneo para los judíos estaba fuera de Europa y, si apoyaban las pretensiones del sionismo, podrían invalidar la acusación de antisemitismo a la vez que mantenían de hecho los prejuicios.

Durante la guerra, se había evidenciado que Stalin había adoptado el nacionalismo ruso, lo que también explicitó durante el famoso brindis que pronunció el 24 de mayo de 1945 «a la salud del pueblo ruso». No obstante, la oleada antijudía que después de la segunda guerra mundial barrería tanto la URSS como sus satélites de Europa del Este cogió a muchos por sorpresa. Se había originado en la guerra fría y en la creciente paranoia de Stalin, potenciada no solo por su propio temor a la inminencia de una nueva guerra mundial — para la cual la Unión Soviética no estaba preparada —, sino también por su convicción de que los servicios de inteligencia de Gran Bretaña y Estados Unidos estaban resueltos a encontrar la manera de apartarlo del poder.

El triunfo del sionismo en el Oriente Próximo y la creación de Israel agravaron la angustia y los temores de Stalin. Durante la guerra, se había producido una serie de contactos vacilantes entre representantes soviéticos y sionistas que sentaron las bases para que en 1948 — de forma inesperada — la URSS reconociera el Estado de Israel, pero las conversaciones estuvieron llenas de ambigüedades, reflejo de las dudas de Stalin. Lo último que este deseaba era fomentar el separatismo o el nacionalismo de los judíos: los objetivos del líder soviético pasaban por que los judíos se reintegraran y asimilaran, no por concederles una autonomía territorial. Determinadas investigaciones internas llevaron a Stalin a sospechar que el Comité Judío Antifascista se había convertido en un instrumento de intereses extranjeros y estaba adoptando un «carácter cada vez más nacionalista y sionista».

A finales de la década de 1940, cuando en gran parte del bloque comunista se había declarado delito el antisemitismo, el antisionismo funcionaba como clave para identificar el origen étnico de un judío. En el contexto del comunismo, desde luego, no era neutral, puesto que aludía — por medio del reproche asociado del «cosmopolitismo» — a la idea de que los judíos nunca podrían ser auténticos patriotas y, peor aún, que toda simpatía por el sionismo los convertía en agentes potenciales no solo de Israel, sino del verdadero enemigo que estaba detrás de los israelíes: el imperialismo estadounidense.

Tras estos acontecimientos, no cabía duda de que el comunismo de posguerra no solo había fallado en el intento de derrotar el antisemitismo, sino que de hecho había desarrollado una variante propia. Por todo el bloque soviético, mientras las últimas comunidades judías seguían menguando, pervivía tan solo lo que un analista denominó «antisemitismo sin judíos».

SEGUNDA PARTE: En el campo de batalla de las ideas

Preludio: Estados Unidos, Israel y el Oriente Próximo, décadas de 1940 a 1960

[...] Sin embargo, la vida del antisemitismo no concluye aquí. Perduró en la URSS y en la Europa del Este dominada por los soviéticos y se transformó y extendió gracias a dos cambios geopolíticos fundamentales. El primero fue la emergencia de Estados Unidos como superpotencia, en la guerra fría, un factor que con el paso del tiempo otorgó a las inquietudes, la influencia y las acciones organizadas de los judíos estadounidenses un peso en los asuntos internacionales que hasta entonces nunca habían poseído. [...] El segundo cambio fue el hundimiento del poder imperial europeo en el Oriente Próximo, la creación de Israel y la aparición de la cuestión palestina. Aunque empezó siendo un socio minoritario, a finales de siglo, la población judía de Israel rivalizaba con la de Estados Unidos, tanto en cantidad como en poder. La vida de los judíos en el mundo, desde entonces, quedaría políticamente conformada por la dinámica de estos dos polos, tanto la interior de uno y otro polo como, cada vez más, la interacción mutua. El concepto de antisemitismo se desplazó de su lugar de origen y adquirió nuevas asociaciones políticas en nuevos contextos.

El contexto estadounidense difería del europeo en dos aspectos cruciales. El primero era que, con salvedades muy menores, los judíos que llegaban a la república estadounidense gozaban desde el principio de la emancipación cívica. Que el contexto político les resultara más favorable que en ningún punto de la Europa continental — no solo a ellos, sino a las minorías religiosas de todo tipo— reflejaba el hecho de que Estados Unidos se había concebido en sí mismo como una respuesta republicana y democrática a las sociedades cerradas y profundamente jerárquicas del Viejo Mundo. Esta respuesta tenía una limitación fundamental, no obstante: la raza. La otra gran diferencia con Europa era que en Estados Unidos la ciudadanía y la imaginación política se estructuraban de acuerdo con una dicotomía racial: aun a pesar de que la Constitución Estadounidense guardaba silencio discretamente sobre la cuestión, nadie que viviera en el país podía dudar de su importancia. La Ley de Nacionalidad de 1790 limitaba la naturalización a los extranjeros que fueran «personas blancas libres», explicitando la dicotomía del color de piel y sus desigualdades.

El Ku Klux Klan se reagrupó y varios observadores expresaron su asombro ante lo que consideraban «el primer intento serio de aprovechar el antisemitismo — y el odio racial y religioso, más en general— para fines políticos reaccionarios». La ciencia de las razas difundió la idea de que los judíos suponían una amenaza para la raza anglosajona; la idea del «peligro rojo», en referencia a los comunistas, también retrataba a los judíos como una amenaza revolucionaria. El antisemitismo político organizado al modo de Europa no llegó a arraigar de veras en Estados Unidos, pero la derecha católica — por medio del padre Coughlin, una figura de la radio tristemente famosa a finales de la década de 1930— propagó ponzoña antijudía.

Así las cosas, probablemente merece la pena que nosotros sí nos detengamos en lo que ocurrió en Estados Unidos a partir de la década de 1950, una época en la que la principal autoridad sobre la materia ha hablado de una «metamorfosis evidente»: la intolerancia hacia los judíos se redujo y los prejuicios francos perdieron una parte de su respetabilidad política y social, pues, en la práctica, el temor de los judíos estadounidenses a que la discriminación antijudía continuara en vigor sufrió un alivio inesperado y el antisemitismo estadounidense, en

tanto que sistema de discriminación institucionalizada, se dismanteló con la misma celeridad asombrosa con la que se había construido.

[...] vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que, en esa época, no solía considerarse que el antisemitismo pudiera o debiera tratarse como algo distinto a otros tipos de prejuicio o discriminación. Antes al contrario, las organizaciones judías — como reflejo de la convicción de que el antisemitismo era un ejemplo más de un desajuste social y psicológico mayor, que podía curarse por medio de la educación pública y la seguridad laboral— encargaron estudios científico- sociales sobre las causas de los prejuicios raciales, que ayudaran a ponerles fin.

Y luego estaba el impacto de la creación de Israel. En 1942, un comentarista había sugerido con tanto atrevimiento como perspicacia, en referencia al antisemitismo, que crear una patria judía en Palestina podría «normalizar» el lugar de los judíos en la vida estadounidense, puesto que les daría, como a los demás inmigrantes de Europa, un «país de origen». Era lo contrario de lo que temían muchos integrantes de la élite judía del país, a saber: que un Estado judío incrementara la sospecha (como sucedió en efecto en la URSS y la Europa del Este) de que los judíos no serían leales a su nación de acogida, sino a Israel. También era lo contrario de lo que ansiaban y esperaban muchos sionistas: una emigración masiva que abandonara Estados Unidos con destino a Israel. La aparición de un Israel independiente puso a prueba todas estas afirmaciones y modificó para siempre el lugar de los judíos en Estados Unidos.

En 1942, pese a la oposición tanto del Consejo Estadounidense del Judaísmo (voz que durante la guerra era conocida por su antisionismo) como del Comité Judío Estadounidense, varios grupos acordaron reclamar que en la posguerra se creara un «territorio autónomo judío» en Palestina. La amenaza del antisemitismo se entendía como de suma gravedad en todos los bandos, pero en lo relativo a cómo le afectaría un Estado judío, las conclusiones eran divergentes. Los sionistas creían que una patria nacional judía terminaría con el problema, al ofrecer un refugio hacia el que todos los judíos tenderían a ir naturalmente. Para los antisionistas, el antisemitismo era un problema derivado de los prejuicios raciales y la democratización incompleta, por lo que era preferible combatirlo en solidaridad con otras minorías en los movimientos sindicales; a su juicio, la cuestión no iba a resolverse convirtiendo a otro pueblo — los árabes palestinos— en minoría sin hogar.

[El periodista William Zukerman] Criticó lo que tildó de «la oleada de nacionalismo mesiánico que el Holocausto hitleriano ha provocado» entre los judíos de Estados Unidos: al abrazar estos el chovinismo étnico que se había extendido por todo el mundo desde finales de la década de 1930, Zukerman temía que los judíos se arriesgaban a desarrollar una crueldad que en aquel entonces ya estaba cambiando «el carácter entero de nuestro pueblo». Israel había convertido a los judíos en unos «conquistadores» cuya indiferencia ante las penalidades de los refugiados árabes contravenía la tradición judaica de la simpatía por los oprimidos. Para Zukerman, el empeño deliberado de los líderes de Israel por conseguir que el país quedara identificado con los judíos que vivían en el extranjero servía únicamente para acrecentar el antisemitismo al que estos quizá tendrían que hacer frente, pues introducía «nuevas razones diplomáticas y políticas, junto con las viejas razones sociales, económicas y psicológicas».

Pero el primer ministro israelí temía que su nuevo Estado no alcanzara una población suficientemente numerosa y veía Estados Unidos como una reserva sumamente necesaria de «material humano» de la mayor calidad (a su juicio, muy preferible, desde muchos puntos de vista, a los supervivientes andrajosos y traumatizados que venían de la Europa de la guerra). «Ben-Gurión nos insta a que, como padres, enviemos a nuestros hijos a Israel, para que se queden allí a vivir», rezaba un titular asociado a un discurso que había pronunciado en el nuevo Estado en 1949. [...] Los líderes del AJC se enojaron tanto que avisaron a Ben-Gurión de

que organizarían protestas públicas si no se moderaba. Era imprescindible que corrigiera sus premisas, le advirtieron: los judíos estadounidenses no vivían en el exilio; su hogar era Estados Unidos, no Israel; los responsables de los niños judíos eran las propias familias, y no los políticos israelíes. Querían que este mensaje quedara muy claro, de lo contrario, se les podría acusar de carecer del debido patriotismo estadounidense.

Los judíos de Estados Unidos, que nunca habían sido monolíticos, se unieron para darle un respaldo sin precedentes. «Israel se convirtió en el foco de atención de los judeoestadounidenses», ha escrito un estudioso. Las donaciones recibidas por la United Jewish Appeal pasaron de 65 millones de dólares en 1966 a 240 millones el año siguiente y 511 en 1974. Este fue el momento en el que, verdaderamente, en Estados Unidos empezó a abogarse políticamente por Israel, aunque entonces la escala aún era menor, en comparación con nuestros días.

¡Náser, como el nuevo Hitler! ¡Los árabes, como nazis! El desafío al que Israel hacía frente se presentaba así como la continuación de las persecuciones antisemitas sufridas con anterioridad por los judíos de Europa. Ben-Gurión repitió una y otra vez la analogía con el nazismo, ante el temor a quedar rodeados por los árabes y a que un líder carismático guiara a estos a la victoria.

No entiendo tu optimismo. ¿Por qué iban a firmar una paz los árabes? Si yo fuera un líder árabe, nunca llegaría a un acuerdo con Israel. Es natural que sea así: les hemos quitado su territorio. Es obvio que a nosotros Dios nos lo había prometido, pero a ellos, ¿qué les importa? Nuestro dios no es su dios. Nosotros venimos de Israel, pero del Israel de hace dos mil años. ¿Esto significa algo para ellos? Ha habido antisemitismo, han pasado los nazis, Hitler y Auschwitz, pero ¿era culpa de [los árabes]? Ellos solo ven una cosa: que hemos venido aquí y nos hemos apoderado ilegalmente de su territorio [...] Es sencillo: tenemos que ser siempre fuertes y mantener un ejército poderoso. Nuestra base está toda aquí. De lo contrario, los árabes nos borrarán del mapa.

La hostilidad de los árabes, en pocas palabras, aunque se expresaba con una retórica eliminacionista que evocaba el pasado, en realidad procedía de una lucha territorial: Ben Gurión era consciente de que, desde la perspectiva de los árabes, el sionismo era pura y simplemente un expolio.

Los sionistas que creían que los judíos son «el clásico pueblo minoritario» y deberían evitar cometer los pecados que ellos habían sufrido anteriormente abandonaron Palestina, se retiraron a alguna clase de exilio interior o terminaron apoyando el movimiento pro derechos humanos del país (ya mucho más tarde, porque este aún tardó en nacer). El resto, según había indicado Kohn, evitaron en su mayoría el asunto o adoptaron la premisa de que la disuasión derivada de una fuerza abrumadora era el mejor medio — quizá el único— de gestionar la relación de árabes y judíos.

Sabedores de que el fascismo amenazaba con inflar las velas del sionismo, los árabes de Palestina veían con inquietud que la determinación con que los nazis expulsaban de su país a la población judía atraería, probablemente, a más colonos judíos a su región. Al mismo tiempo, un creciente sentimiento antibritánico hizo que algunos líderes palestinos se aliaran con el Tercer Reich: el caso más conocido, sin lugar a dudas, es el del muftí de Jerusalén. Tras huir a la capital alemana para que los británicos no lo detuvieran, se puso en manos de los nazis y apostó por la victoria de Berlín en la guerra, pero, según previeron los rivales palestinos de este muftí cada vez más antisemita, su decisión no dio ningún fruto positivo, ni para los alemanes — en Palestina se hizo oídos sordos a su empeño— ni para los propios palestinos.

El acontecimiento que más contribuyó a socavarla fue la guerra árabe-israelí de 1948. Unos meses antes, Naciones Unidas, ante la inminente retirada británica de Palestina, había propuesto dividir el territorio. Aunque el asunto se votó en la Asamblea General de la organización, tanto los judíos como los árabes eran muy recelosos al respecto. En público, la mayoría de las entidades sionistas elogiaron el plan — les otorgaba cerca del 56 % del territorio, cuando entonces poseían menos del 10 %—, pero muchos judíos dudaban de que el nuevo Estado que se preveía, con franjas extensas de desierto y una minoría árabe estimada en el 45 %, pudiera bastar para cerrar el asunto; creían que en el futuro podrían adquirir más territorio y con menos población árabe. En cuanto a los árabes, teniendo en cuenta que iban a perder la mayor parte del territorio del mandato a pesar de contar con una población muy superior, manifestaron su oposición desde el principio.

El repentino establecimiento, mediante la fuerza de las armas, de un Estado soberano judío en tierras que históricamente habían sido musulmanas, con el mencionado desplazamiento masivo de su población árabe, supuso una conmoción colosal — y todavía no resuelta en nuestros días— para las expectativas de los árabes. Fue realmente en este momento cuando empezaron a circular de forma general por el Oriente Próximo las teorías conspiranoicas antisemitas al estilo de las europeas. Recordemos que, aunque en el Occidente de la posguerra la amarga experiencia histórica acababa de crear un tabú contra el antisemitismo expreso, en cambio, en los territorios árabes este tabú no existía, porque aquí el antisemitismo había sido relativamente escaso y no se había producido ningún Holocausto. Así las cosas, de un modo muy similar a lo vivido en Europa y Norteamérica anteriormente, en coincidencia con la Revolución rusa, se acogió *Los protocolos de los sabios de Sion* como un medio de explicar los cambios súbitos y radicales de la estructura del poder mundial. Este texto les sirvió para entender el triunfo del Estado judío — triunfo que, de otro modo, se les hacía casi inexplicable— y algo después también el rápido ascenso del poder de Estados Unidos por todo el Oriente Próximo de la posguerra. Además a las élites árabes les convenía culpar de sus deficiencias políticas, organizativas y militares a unas fuerzas satánicas, y no a la inepticia propia.

En uno de sus últimos artículos, William Zukerman escribió que la oposición de los árabes ante Israel era política y tenía «poco o nada que ver con el antisemitismo tradicional», pero, a su modo de ver, los judíos estadounidenses habían perdido la capacidad de darse cuenta de tal realidad porque habían desarrollado la tendencia a «denunciar como antisemitismo cualquier crítica corriente a las políticas de Israel, políticas que serían los primeros en criticar si otro Estado las emprendiera».

¿Un nuevo antisemitismo? La arena internacional

Los nacionalistas árabes habían vinculado casi desde el principio el racismo nazi con el sionismo y habían reclamado con insistencia que no debía pedirse a Palestina que pagara el precio de la persecución de los nazis a los judíos. A finales de 1947, durante el debate en la ONU sobre el reparto de Palestina, el delegado sirio Farid Zeineddine — un experto en nacionalismo, formado en derecho internacional por la Sorbona— fue más allá e hizo hincapié en que el sionismo en sí se basaba en la discriminación racial. La ONU, a su entender, «que se había formado por la voluntad común de destruir el nazismo, no debería dar apoyo al sionismo, que es un paralelo del nazismo». Al conectarse con teorías más generales sobre el imperio y el capitalismo, el concepto de racismo en sí podía ampliarse en respaldo de la causa árabe. Cuando la OLP encontró una voz propia, a mediados de la década de 1960, sus líderes adoptaron de inmediato las expresiones del antirracismo y el anticolonialismo. «El sionismo es un movimiento de base colonialista, de fines agresivos y expansionistas, de configuración

racista y segregadora y de medios y objetivos últimos fascistas», afirmaba un artículo de su carta fundacional.

Después de que Israel venciera en la guerra de los Seis Días, en 1967, y ocupara militarmente Cisjordania y la Franja de Gaza, un bloque de países del tercer mundo adoptó la causa palestina como parte de la lucha más general contra el colonialismo. [...] La influencia de los Estados árabes se amplió con el ascenso del cártel de los productores de petróleo, la OPEP, en 1974, y se puso de manifiesto cuando diversos países miembros de las Naciones Unidas cortaron las relaciones diplomáticas con Israel. Al año siguiente, se invitó a Yasir Arafat, jefe de la OLP, a pronunciar un discurso ante la Asamblea General y se concedió a su organización la condición de observadora. Pero la controvertida resolución de la Asamblea General en 1975, que igualaba el sionismo con el racismo, puso de manifiesto hasta qué punto el lenguaje empleado por Sayegh un decenio antes se había generalizado.

La resolución conmocionó a Israel y también a sus defensores. No solo no se había conseguido una declaración contraria al antisemitismo, sino que al parecer la Organización de las Naciones Unidas permitía que se tratara a Israel no como el heredero de las víctimas del Tercer Reich — según el Estado judío se veía a sí mismo y según se lo concebía en buena parte de Occidente— sino como un sucesor del nazismo. Daniel Patrick Moynihan, el combativo embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, ya había comprendido que su país, en sus propias palabras, debía «pasar a la oposición» en la ONU, porque la Asamblea General se había convertido en un territorio hostil. A su entender — y no sin acierto—, la resolución era ante todo un voto antiestadounidense que disfrazaba la antipatía que después de Vietnam se había extendido por el tercer mundo.

Los dos países — Estados Unidos e Israel— tuvieron dificultades para dar sentido al viraje radical que la opinión pública global había experimentado en tan solo un par de décadas, desde la fase anterior en la que el país norteamericano tenía la imagen generalizada de una potencia antiimperial e Israel había sido ensalzado en Europa y Sudamérica como un ejemplo de emancipación nacional. Mediada la década de 1970, no obstante, la guerra de Vietnam situó a Estados Unidos como la potencia neoimperialista por excelencia y la mayoría veía a Israel como una potencia ocupante situada en el bando erróneo de la lucha anticolonialista.

Se puede debatir al respecto de si el concepto de antisemitismo se utilizaba mal cuando se asociaba a Israel, pero de lo que no cabe duda es de que se utilizaba en un contexto global muy nuevo. Como forma de explicar la hostilidad a Israel de un modo que la relacionaba con el pasado judío, antes que con el papel geopolítico israelí del presente, la invocación del antisemitismo en este contexto señaló el inicio de un nuevo estadio en la historia del concepto. El antisemitismo no perdió en ningún caso las conexiones históricas con las viejas animosidades dirigidas contra un pueblo históricamente minoritario; antes al contrario, su fuerza como referencia crítica derivaba de esos recuerdos y ecos del pasado. Sin embargo, ahora, a tales asociaciones se les estaban superponiendo cada vez más otras connotaciones políticas. Como reacción a la hostilidad manifiesta en las Naciones Unidas y otros foros, esta nueva lectura del antisemitismo reflejaba y procedía de cambios más profundos en el pensamiento intelectual y cultural, tanto en Estados Unidos como en Israel.

Aunque hacía tiempo que los autores afroamericanos se sentían agraviados por el modo en que los inmigrantes europeos lograban ser aceptados en un país que se negaba a aceptar a los negros, en un principio tendieron, no obstante, a excluir a los judíos de esas críticas, con el argumento de que su pueblo también sabía qué significaba padecer [...]. Durante el caso Dreyfus, muchos comentaristas de la prensa negra atacaron a los franceses por su antisemitismo, pero cuando la violencia contra los negros se intensificó en el sur de Estados

Unidos, la gente se preguntaba cómo podía ser que las organizaciones judías del país cabildearan con el gobierno nacional para protestar por los pogromos de Rusia, pero no dijeran nada sobre la persecución interior de otros ciudadanos estadounidenses. La decepción de los negros con el silencio de los judíos fue agravándose.

El antisemitismo negro — la otra cara de la moneda que preocupaba a Forster y Epstein, de la Liga Antidifamación— era un concepto compuesto y poco preciso, que hacía referencia como mínimo a tres elementos distintos: el primero, suspicaces con los blancos en general, a los que se tiene por explotadores de los negros, identificando a menudo como encarnación perfecta de ello la figura conocida del comerciante o el casero judío; el segundo, la sensación de que los judíos deberían haber sido un pueblo que comprendiera bien las penalidades de los negros pero no estaban haciendo lo suficiente por ayudar, y, el tercero, y no el menos importante de los factores, el resentimiento contra un grupo cuyos integrantes afirmaban haber sido víctimas a lo largo de la historia, a pesar de que, en comparación con quienes todavía sufrían las consecuencias de la esclavitud incluso después de abolirse esta, habían sufrido poco.

Con la secularización de la judería estadounidense y el acercamiento de esta a la política étnica, el antisemitismo se asociaba cada vez más con la cuestión de Israel. En palabras del historiador Leonard Dinnerstein, «es posible que los útiles de medición del antisemitismo estén cambiando: mientras que en el pasado el antisemitismo se definía a partir de las barreras políticas, sociales y económicas, en la actualidad muchos judíos consideran que el indicio más revelador es la hostilidad contra Israel». Dinnerstein lo explicaba a partir del hecho de que, en Estados Unidos, la mayoría de las barreras discriminatorias se habían eliminado y se gozaba de aceptación social en prácticamente todas partes. En consecuencia, los judeoestadounidenses eran solo en su propia mente un grupo minoritario que necesitaba la protección del Estado; quienes no eran judíos no los veían así.

Armamento lingüístico

Pero en el año 2000, las conversaciones de paz de Camp David se vinieron abajo entre recriminaciones mutuas de israelíes y palestinos; Ariel Sharón hizo una visita provocadora a la Explanada de las Mezquitas, en Jerusalén, y estalló la segunda intifada, un levantamiento mucho más sangriento que el primero. En este contexto, se celebró en Durban (Sudáfrica) una conferencia mundial contra el racismo, organizada por las Naciones Unidas en otoño de 2001. Se pretendía dirigir el foco hacia las peticiones del Sur Global, al que habría que compensar por la esclavitud y el colonialismo. Algunos participantes también querían destacar la causa palestina como la última gran lucha anticolonial y antirracista, pero, como en los márgenes de la conferencia abundaba el vitriolo antisemita, Estados Unidos e Israel se retiraron de ella. La conferencia acabó el 8 de septiembre y, tres días después, Al Qaeda ejecutó su dramático ataque contra Estados Unidos. La «guerra global contra el terror», con la que Occidente respondió, vio un incremento de la violencia no solo en el Oriente Próximo, sino en el mundo en general.

Algunos llegaron al punto de afirmar que en Europa el odio a los judíos se había convertido en lo «políticamente correcto» y, a medida que la angustia se agravaba, proliferaron las analogías con el Holocausto: los comentaristas hablaban de un «segundo Holocausto» o una nueva «solución final». Por el contrario, Leon Wieseltier, editor literario de *The New Republic* y partidario declarado de Israel, consideraba más que problemática esta evocación constante del genocidio nazi [...]

Es posible que cupiera poner en duda la sinceridad de este movimiento, pero el rendimiento político era innegable, por lo que con el paso de los años los diversos partidos de la ultraderecha fueron pronunciándose en contra del negacionismo del Holocausto o empezaron a hablar positivamente de Israel. La época favorecía este giro. La islamofobia que se difundió con intensidad después de los atentados del 11 de septiembre reforzó las sospechas en contra de los inmigrantes; el creciente temor al terrorismo islamista animó a la derecha europea a adoptar a Israel como aliado.

La izquierda europea también había cambiado desde los días en los que un amplio frente antirracista había unido a los judíos y los no judíos bajo la enseña del socialismo. En aquel momento, la unidad de la izquierda se había debilitado, pues cierto antisionismo, a menudo mal definido, se convirtió en una especie de prueba de fuego del progresismo, lo cual distanciaba a los izquierdistas que miraban a Israel con simpatía. El hecho de concebir el mundo con dualidades crudas — opresor y oprimido o privilegiado y menesteroso — dificultaba ver que los judíos pudieran necesitar protección, pero, en realidad, los judíos también podían ser blanco de prejuicios.

Los críticos lamentaban que hablar de un auge sin precedentes del antisemitismo exageraba el peligro que los judíos corrían y pasaba por alto la amenaza mucho más grave que se cernía sobre otras minorías confesionales o étnicas. En Reino Unido, el rabino David Goldberg afirmó que los avisos sobre el ascenso del antisemitismo eran «paranoides y exagerados [...] En la actualidad, resulta mucho más fácil y seguro ser judío que ser musulmán, una persona negra o un solicitante de asilo de la Europa del Este». En 2004, el entonces presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, fue enfático en su diferenciación: «La Europa de hoy no es la Europa de las décadas de 1930 y 1940 y sería falso pretender que lo es». Hizo hincapié en que no había ningún antisemitismo organizado que pudiera compararse con el pretérito, por lo que invocar la Shoá era insultar a sus víctimas.

La aprobación de la Ley básica de 2018 casi parecía diseñada a propósito para favorecer una confusión entre Israel y los judíos en general. «La identificación de todos los judíos con Israel, que en algunos lugares parece ser una excusa para el antisemitismo, es tan inquietante como la amenazadora insistencia, por parte de algunos defensores de Israel, de que todos los judíos deben darle un respaldo incondicional, ya acierte o ya se equivoque», ha escrito el historiador e intelectual Martin Jay. De hecho, podía interpretarse que la ley de 2018 implicaba que aquellos judíos que se enfrentaran abiertamente a las medidas del gobierno israelí no formaban parte de «el pueblo judío» y, por lo tanto, en cierto sentido, quizá ni siquiera fueran judíos.

La naturaleza misma de la cosa

En los últimos treinta o cuarenta años, los expertos han llegado al consenso de que todo intento de alcanzar una definición clara del antisemitismo topará con problemas porque, en tanto que concepto, es demasiado polifacético, varía demasiado según el tiempo y el lugar. «Nos queda un término muy confuso y de gran carga emocional, del que se derivan consecuencias graves y contradictorias entre sí, no solo por parte de antagonistas que polemizan sino también de analistas supuestamente desinteresados», decía un experto en 1981. «El término antisemitismo, en particular, en su utilización en Estados Unidos — apuntó Henry Feingold pocos años después —, es tan abarcador y, por lo tanto, tan impreciso que el estudioso puede clasificar como tal casi cualquier cosa que implique un conflicto con judíos: desde la discusión eterna por los pesebres de Navidad a la regulación de las prohibiciones de

aparcamiento en las festividades judías.» Toda una panoplia de teorías — de científicos sociales, filósofos y teólogos— no ha servido para modificar la sensación de complejidad; la abundante exploración académica de la historia del antisemitismo en los años más recientes confirma tales dudas, aunque haya transformado nuestro conocimiento del pasado judío.

En lo relativo al antisemitismo, se complica porque las fuerzas policiales también difieren en si el antisemitismo debe considerarse un asunto religioso o racial. Además, se añadía otra fuente de confusión: en el caso de muchos incidentes que parecían conectados de un modo u otro con la política de Israel y la situación del Oriente Próximo, no era fácil desentrañar qué eran motivos políticos y qué eran prejuicios antijudíos.

La naturaleza confusa y la pura inadecuación conceptual de la propuesta de la IHRA (Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto) es un secreto a voces entre los expertos. De hecho, como la creación y la divulgación de su definición implicaron pasar por alto buena parte de la experiencia acumulada y consolidada, no debería extrañarnos que diversos investigadores destacados criticaran sus premisas básicas desde el principio. También se respondió proponiendo definiciones alternativas. Dos de ellas son muy parecidas entre sí y coherentes con la mayoría de la investigación contemporánea seria: se trata de la «definición Nexus» y la Declaración de Jerusalén sobre el Antisemitismo. Esta última incluye un debate particularmente útil al respecto del asunto central — cuándo criticar a Israel es antisemita, cuándo no lo es— que evita muchas de las trampas de la propuesta de la IHRA y logra ofrecer herramientas para combatir los prejuicios sin derribar por el camino los debates políticos ni la libertad de expresión.

A la caza del elefante equivocado

Es hora de plantear una pregunta muy básica, pero que no se plantea con la frecuencia que se debería: a la hora de combatir el antisemitismo, ¿qué es lo que funciona? Pues en nuestros días coexisten dos paradigmas de antisemitismo que generan confusión al ofrecer puntos de vista rivales de qué es y sugerir tipos de respuesta muy distintos entre sí. La versión dominante, que nos ha llevado donde ahora estamos, hace hincapié — como anteriormente la Escuela de Jerusalén— en que el prejuicio contra los judíos es, en un sentido importante, algo eterno, único, que no depende de los contextos. Postula que en los tiempos modernos existe un vínculo estrecho entre el antisemitismo y la hostilidad hacia Israel, que concibe como la modalidad más nueva de un odio antiguo. En su raíz, apenas cree en la existencia de ningún gran remedio, más allá de la vigilancia constante; con la posible excepción de la judería de Estados Unidos (que a menudo se considera un caso aparte), concibe la existencia de las minorías judías fuera de Israel como algo precario y, en última instancia, tal vez condenado a la extinción. La única solución al antisemitismo, según esta lógica, es y ha sido siempre apoyar el Estado de Israel y defenderlo frente a cualquier ataque, ya sea verbal o material. La segunda versión, que surgió de la experiencia del nazismo y la segunda guerra mundial, y antaño fue mucho más influyente de lo que es ahora, entiende que el antisemitismo depende de la época — y del contexto—, puede ser estudiado y comprendido y se puede solventar. Considera que afecta la vida de las minorías judías en los Estados nación y que existe como algo muy próximo a otras formas de racismo. Cree que las minorías de la diáspora tienen el mismo derecho a existir que cualquier otra sección del mundo judío; desconfía de los extremos del nacionalismo, por la propia naturaleza de su perspectiva; considera toda relación con Israel desde un enfoque mucho más contingente.

No hará falta decir, en este punto, que la primera versión es la que ha incitado la enérgica campaña contra el antisemitismo de estos últimos años, basándose en la definición de la IHRA.

Sin embargo, incluso algunos de sus paladines más destacados están empezando a reconocer, por vez primera, que su estrategia no ha funcionado.

Si los datos procedentes de fuentes fiables apuntan a que en nuestros días el racismo es una fuente principal de la violencia antisemita, también apuntan, de forma inequívoca, a la otra gran fuente: la agitación en el Oriente Próximo. Los analistas del Centro para el Estudio del Odio y el Extremismo — entidad muy respetada de la Universidad Estatal de California— han hallado una estrecha correlación entre los picos de conflicto allí y los picos de incidentes de odio contra los judíos en Estados Unidos. Según el investigador Brian Levin, tres décadas de datos «muestran claramente el enorme ascenso porcentual de los delitos de odio antijudío en Estados Unidos cuando hay una guerra en Tierra Santa».

EPÍLOGO: Lo que yo vi

El 7 de octubre de 2023, una incursión de Hamás en el sur de Israel, desde Gaza, acabó en un baño de sangre: más de mil personas murieron y a más de doscientas (entre ellas, ancianos y niños) se las tomó como rehenes. La conmoción generada por estos acontecimientos — el ataque terrorista más letal de la historia del país— llevó al gobierno israelí a lanzar un asalto militar contra la Franja de Gaza, que está muy densamente poblada. Un bombardeo de una intensidad sin precedentes aniquiló a familias enteras y dejó decenas de miles de muertos enterrados bajo los escombros. Por todo el mundo se despertó un debate extraordinario que reflejaba los miedos existenciales de los dos bandos. En la Universidad de Columbia, donde imparto clases, los argumentos dieron paso a manifestaciones, contramanifestaciones, sentadas, acampadas y ocupaciones. Las protestas estudiantiles se convirtieron en un espectáculo nacional y prendieron la mecha de un movimiento internacional, hasta que, con una demostración de fuerza, el Departamento de Policía de Nueva York las cortó [...].

A lo largo de los meses anteriores, algunos manifestantes habían enarbolado banderas de Palestina, acampado en tiendas, afirmado su solidaridad con Gaza y hecho un llamamiento al mundo para que prestara atención al número creciente de palestinos muertos. Los contramanifestantes buscaban dirigir las simpatías hacia las víctimas israelíes: plantaron banderas blanquiazules en los campus y repartían folletos con las caras de los rehenes. Los elementos básicos de las protestas políticas — símbolos, eslóganes y cánticos— se conciben para lograr impacto, no claridad semántica; era inevitable que hubiera ambigüedades y estallaron discusiones. ¿Los que llamaban a la «intifada» estaban promoviendo un genocidio o tan solo animaban a los palestinos a levantarse y luchar por sus derechos? Una bandera con la estrella de David, ¿con quién transmitía solidaridad: con los judíos, con Israel o con el sionismo? [...] Me pareció que las discusiones y los debates que se producían a mi alrededor eran una forma de educación, desordenada pero también admirable. Sin embargo, desde el mundo exterior, muchos veían las cosas de otro modo.

Las acusaciones de antisemitismo se habían intensificado y algunos estudiantes míos tenían amigos que habían quedado marginados porque eran israelíes; esto (había pasado algo similar con estudiantes rusos, después de la invasión de Ucrania) no me parecía exactamente antisemita, sin que por ello me pareciera bien. Pero el cruce de reproches era mutuo, entre los dos bandos, y yo no lograba entender que se difamara tan exageradamente a estudiantes de todos los credos y orígenes familiares por levantar la voz contra las cosas terribles que estaban sucediendo en Gaza, donde semana tras semana se asesinaba a inocentes en una escala que eclipsaba lo visto en cualquier fase anterior del conflicto. [...] ¿La acusación de que los manifestantes y el profesorado que los defendía eran antisemitas se planteaba en serio? La afirmación de que las universidades de Estados Unidos eran un criadero de antisemitas — yo

lo sabía por propia experiencia— era tan absurda como por desgracia dañina. En respuesta a las exigencias de políticos, administradores y donantes, se organizaron grupos de trabajo con el encargo de investigar y erradicar «este viejo flagelo». Solo que antes debían averiguar qué era.

Mientras yo observaba lo que ocurría, dos cosas me llamaron la atención. La primera me llevó a preguntarme: todas esas denuncias de antisemitismo, ¿de qué nos estaban impidiendo hablar? Porque cada vez me parecía más evidente que la constante invocación del antisemitismo debía entenderse como una negativa a reconocer otras cosas. Yo sentía que si se exige lidiar siempre primero con el antisemitismo y se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de los propalestinos emite alguna clase de consigna antisemita, se creaba un obstáculo formidable que no permitía ver que la otra cara de la batalla que se halla en el núcleo de todo esto — es decir, la existencia de un pueblo palestino que sufre y desea la libertad— es un problema que ciertamente merece una atención real.

Lo anterior llevó a la pregunta que hay detrás de este libro: ¿qué había pasado con el concepto de antisemitismo? Intentar comprender las contradicciones que el término tiene hoy es como entrar en una sala de los espejos. Empezó valiendo para describir la hostilidad a la que se enfrentaban los judíos como minoría que batallaba por lograr sus derechos legales; ahora se utiliza para defender un Estado de mayoría judía que niega los derechos legales a la minoría que vive en él. Luchar contra el antisemitismo había significado batallar contra el etnonacionalismo; ahora a menudo se justifican así los excesos etnonacionalistas. Para algunos, la solución son el antirracismo y los derechos humanos; para otros, estos son el problema. Hay quien dice que el antisemitismo es antisemitismo; otros ven antisemita el sionismo. Hoy en día incluso los racistas dicen que luchan contra el antisemitismo, algo que habría resultado inimaginable cuando el término se acuñó y que debería entenderse como un signo claro de que en nuestros días se está abusando de él.

CRÍTICA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Erica Aspás Responsable de Comunicación Área Ensayo
689 771 980 / easpas@planeta.es